

# Influencia de Pedro Laín Entralgo sobre la clínica médica argentina

La influencia de Pedro Laín Entralgo sobre la clínica médica argentina —o, para no incurrir en indebida reificación— sobre los internistas compatriotas es honda, dilatada y fecunda. Perdurará, sin duda, y se magnificará.

Lo hará de modo a la vez múltiple y congruente, porque aunque su obra aparece centrada en campos que los especializados suelen cercar y aislar: Medicina, Psicología, Antropología, Metafísica, el excepcional talento de Laín —siempre más amigo de la «y» unitiva que de la «o» disyuntiva— los mantiene en una íntima relación sinérgica (Haken).

Por tal razón, extraordinariamente variadas investigaciones y sus sendas influencias pueden ser analogadas a un «hiperciclo» de Eigen y Schuster: esto es, a un conjunto de sistemas evolutivos en dinámico proceso de auto-catálisis, que a su vez se hétero-catalizan entre sí.

Con el agregado de que en su insaciable afán de lucidez el pensamiento del preclaro Laín hace que este «hiperciclo» se eleve en ascendente helicoidal, alcanzando cada vez más eminentes grados de abstracción.

Aunque realista, como buen español, parte del fenómeno; pero, eso sí, de «todo el fenómeno», como requería Teilhard de Chardin. Sin escotomas ideológicos; sin dogmas disfrazados de postulados científicos; sin desechar nada de cuanto relevante aparece en los tres mundos de Popper.

Y capta luego el núcleo transfenomenal; pasa de lo biológico a lo transbiológico. Coincide con Simmel cuando afirma que la vida es siempre trascendencia y que el vivir es un más-vivir y un más-que-vivir. Supera así la queja de Goethe: «Ahora tengo las partes en la mano, mas lamentablemente les falta el vínculo espiritual». Y asciende al plano metafísico. Y aún a la «metafísica de la metafísica» (Marcel), cuando nos habla de la constante religación del hombre con su Creador, tendida desde su alfa fontanal hasta su omega final, en un periplo comparable al del río «que va a morir en el mar, donde nació» (Hölderlin).

Su pensamiento semeja el sereno planeo helicoidal de nuestro cóndor andino, que asciende a los estratos donde el sol es tan radiante que lo enceguece cuando intenta mirarlo —«sicut habent oculi nycticoracum ad lucem diei quam videre non possunt»— pero al que percibe por su calidez, que le entibia el corazón...

Muchos —si no la mayoría— de los clínicos argentinos egresamos de nuestra Facultad troquelados en el monismo materialista, tal vez no tan mecanicista como el del ba-

rón d'Holbach o el de La Mettrie, sino más bien en la versión de Du Bois-Reymond, Helmholtz, Brückner y sus epígonos.

Las disciplinas llamadas «básicas» —en el doble sentido de fundamentantes y de fundamentales— eran el coto de los «científicos», y en ellas tratábamos tan sólo con cuerpos inanimados, cadáveres y animales. Salíamos luego del impoluto sacro de los laboratorios, templos de la ciencia, hacia su «atrium» profano (Claude Bernard); profanado, además, por los «practicones», según decía algún renombrado investigador. Decíamos abruptamente del empíreo del Logos al lago de la Empiria, o, si se prefiere, al «desierto de la clínica donde se pierden tantos talentos», según el gran Cajal. Pero lo hacíamos conservando el antiespiritualismo, con una psicología sin alma y una antropología con poco hombre. En los hospitales veíamos «cosas» que eran «casos»; en Legal conocíamos los daños sociales provocados por los bípedos «difíciles de domesticar» (Lombroso), imputables pero nunca responsables; y en Higiene nos enterábamos de cómo acelerar el inexorable proceso de la civilización prestando un buen «service» a los engranajes del aparato social, o un adecuado «hábitat» a los elementos del sincicio corporativo.

Recibíamos nuestro diploma en la confianza de haber adquirido los rudimentos indispensables para el honesto e idóneo ejercicio de la profesión. Todo el saber práctico —«savoir pour prévoir, prévoir pour pourvoir»— preciso para dar cabal cumplimiento a la nobilísima consigna de Bérard y Gubler, que nos había ganado el corazón: «Guérir parfois, soulager souvent, consoler toujours».

Mas a poco andar en nuestro fáustico «Begeistern» de «pantiatras», como nos recuerda Laín dijo Madinabeitia, y sobre todo en nuestra práctica privada —donde la parvedad de la inicial clientela incitaba y permitía el diálogo prolongado— apreciábamos la insoslayable importancia de «ce qu'on appelle l'influence de la morale sur le physique», tan desdeñada por quien «no era un fisiólogo, sino la misma Fisiología».

Con acrítica e instintiva empiria íbamos coincidiendo con el Erasítrato clínico que vio en la núbil y lindísima Estratónice el principal vector nosogenético de la inexplicada distonía neurovegetativa que aquejaba a su joven hijastro Antíoco Soter.

O con Galeno. No con el que en tanto «científico» había afirmado mordazmente que entre las veintisiete variedades de pulso descritas en su «Peri tou sphygmon pragmateia» no había ninguna caracterizable como «pulso de enamorado». Sino con el que en cuanto clínico —y jugando su prestigio— supo a qué atribuir la contumaz agripnia de la esposa del senador Servus Paulus, al comprobar que su pulso, sereno y «tan firme como el sol» cuando se le mentaba el conocido actor Morphus, se volvía undoso «como las olas del mar y se agitaba como una anguila», en erético baile arterial, toda vez que el erótico bailarín Pylades era nombrado.

Y con los «susto-terapeutas». Como Girgis bn Gibril bn Buhtisu, sanando la braquioplejía de la púdica concubina de Harun al-Rasid, con sólo amagar levantarle las faldas. O Rhazés, desentumeciendo súbitamente al baldado emir Mansur al ulular como un poseído y blandir ante sus ojos horripilados una fulgente cimitarra...

Y con quienes «levantaban la moral» del paciente. Como Henri de Mondeville que aconsejaba cómo retemplar su ánimo: «Falsificando cartas que le hablen de la muerte de sus enemigos; y si es un canónigo, contándole que su obispo acaba de morir y que él ha sido elegido en su lugar...»

Y con los sabedores del maravilloso efecto de las palabras adecuadas y oportunas. Como las que Galeno susurró al oído de la citada insomne devota de Terpsícore, en su reencarnación viril, que tan de inmediato la curaron. Dando perfecto cumplimiento al casi nunca alcanzado ideal terapéutico de Asclepiades de Prusa: «Ut tuto, ut celeriter, ut jucundo curet...» O como las de Van Swieten, que llamado de Leyden a Viena por María Teresa de Austria, infértil, pese a nueve años de feliz connubio, se limitó a hablar en privado con el emperador Francisco I: la emperatriz tuvo dieciséis hijos, en rápida sucesión...

Y hasta coincidiendo con el ginecólogo vienés Chrobak en su sicalíptico tratamiento de algunas histerias...

«Oyendo el quejido y recibiendo el llanto» (Unamuno), vivenciábamos una gran insuficiencia técnica, una extensa zona ignota en nuestro «globus intellectualis», un «manque profond» —diría Sartre— en nuestra preparación.

Esta recóndita, cenestésica, sensación de «incomplétude» (Janet) estimulaba una igualmente honda, constante e instantánea pulsión por menguarla o, más aún, por hacerla cesar. Pero esta compulsión parecía paradójicamente exenta de objeto y fin definidos. Sólo vagamente intuíamos que ambos eran a la vez médicos y transmédicos. Pero claramente percibíamos que nuestro hombre «cordial» andaba «irrequietus» y dubitativo en el hombre «racional».

Luego, iríamos comprendiendo que vivíamos una crisis de adolescencia metafísica; que en cuanto hombres nos impulsaban un instinto de verdad y una avidez de Absoluto, que siempre emergerían; disfrazados, larvados, si intentábamos reprimirlos; plenos y vigorosos, si los asumíamos y conceptualizábamos.

Ignorábamos por entonces que nuestra práctica profesional era «metafísicamente privilegiada» (Marcel). Pero aún sin saberlo estábamos situados en su campo de fuerzas y a ellas obedecíamos.

En especial a su «acción fuerte» que, según Platón y Aristóteles, nace de la admiración de que las cosas sean lo que son. Pues nosotros enfrentábamos de continuo al ser natural más pasmoso de todos. Aquel de quien en su *Antígona* proclamó Sófocles: «El mundo ostenta muchas maravillas, pero ninguna iguala a la del hombre».

Por eso cuando, acordes con nuestra formación, —o deformación— nos sumergíamos en la consideración de su afiligranada ultraestructura celular o en los serpiginosos meandros de sus vías metabólicas lubricadas por las enzimas —¡oh manes del gran Jiménez Díaz!— y, mucho más si sobrevolábamos el funcionamiento integral de su organismo, permisivo medio de expresión y actuación de una mente que señorea sobre todo ser natural, el hombre, aún dimidiado por nuestra visión reductiva, se nos aparecía, forzosamente, como admirabilísimo.

Lo percibíamos situado allí, exactamente en el medio de la escala tendida entre lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, ostentando su infinita complejidad. Sobrepujado en magnitud, pero ápice de la flecha evolutiva. «L'homme n'est qu'un roseau, le plus faible de la nature, mais c'est un roseau pensant...»

Adheríamos sin reservas a ese pensamiento del segundo —¿o tercer?— Pascal que, transcendidos los «égarements» de su genial juventud meditara, sombrío y luminoso